

## EL REGRESO DEL PROFETA

*“Olvidemos el pasado... aquellos*

*no éramos nosotros”*

*Eugene O’neill*

La invitación me llegó por correo hace cuatro semanas. Con letras floreadas, convocaba a todos los miembros de las distintas generaciones al XL Aniversario de la fundación de nuestra tuna. El acto protocolario y la posterior cena se celebrarían a las veinte horas en el salón Yugoslavia del Hotel Aloha Puerto Sol de Torremolinos. Sobre los renglones destacaba en relieve el escudo de la Muy Ilustre Tuna de Ciencias Económicas y Empresariales, enmarcado por ribetes de oro.

No me ilusionaba la idea de participar de nuevo en esa reunión de cincuentones cuyo único tema de charla es el refocilante recuerdo de una época. Ya tuve la oportunidad de comprobarlo cinco años antes, cuando estuve presente en la celebración del XXXV Aniversario, y la moraleja que extraje fue que a mi edad no es bueno mezclar el whisky con la cerveza.

Estaba decidido a no ir, incluso después de que el Bucanero y el Melenas me insistieran. A los dos supe eludir con una excusa, pero el miércoles por la noche llamó el Trenzas. Acababa de finalizar el partido de Champion. Mi mujer, desde el fondo del pasillo, me ordenó: —¡Es el Trenzas, dice que te pongas!

El Trenzas había sido el más golfo de mi generación y el mejor amigo que tuve en la tuna. Aún desconozco si acabó la carrera. Para mí que nunca pasó de segundo. Siempre que me acuerdo de él lo visualizo con el traje de cuervo: los pantalones bombachos y la chaqueta con el terciopelo desgastado, sobre todo por los codos. El mejor pandero de la tuna. Otros copiaban sus piruetas, pero no podían competir con su gracia para encandilar a las chicas. Coqueteaba con ellas mientras se balanceaba sin perder el ritmo. Su mote, nada tenía que ver con sus rizos caracoleados; le llamábamos el Trenzas porque poseía una maliciosa capacidad para liar a cualquiera, y el miércoles por la noche comprobé que no había perdido facultades.

—Esta vez —me dijo—, he conseguido que venga el Profeta.

—¡No me jodas! —exclamé.

Al más antiguo de todos los que formábamos aquel grupo del 78 que ganamos el I Certamen Internacional de Sevilla, le llamábamos el Profeta. Tocaba la guitarra mejor que Paco de Lucía, pero lo mejor de todo es que atesoraba el genio suficiente para lograr, a pesar del pésimo oído de la mayoría, que sonáramos como auténticos trovadores. Cuando tocaba con nosotros nos contagiaba su espíritu triunfador y así era posible la transformación. Siempre fue

nuestro maestro. Se llamaba Luis, como mi padre. Luis Amicio Ibáñez, el Profeta; decía que para él, yo era como un hijo en la tuna.

—Pero, ¿no había muerto? —pregunté tratando de recordar un rumor antiguo.

—¡Que val, está más vivo que tú y que yo. *Trabajito* me ha costado encontrarlo.

—¿Y qué hace ahora? —el Trenzas tardó en responder unos segundos.

—Verás Drillo, está enfermo, tiene Alzheimer. Lo encontré en una residencia de Benalmádena —no supe qué decir, el Trenzas hizo una pausa y continuó—, pero le ha hecho una ilusión de cojones. Los médicos me han dicho que una reunión de antiguos amigos le vendrá muy bien.

Cuando colgué estaba decidido a ir. Con el Profeta en la fiesta todo sería diferente.

Interponiéndose en la entrada del hall del hotel donde servían el cóctel de bienvenida, los organizadores habían dispuesto una mesa a modo de recepción para inscribir a los participantes. Tras ella, dos elegantes jovencitas, uniformadas con traje de color azul azafata y un pañuelo añil anudado al cuello, me recibieron con una acalorada y postiza sonrisa. Comprobaron mi nombre en la lista y me engancharon en el bolsillo de la chaqueta una credencial con mi mote en mayúsculas: «CARALADRILLO». Hubiese preferido el diminutivo, pero no me preguntaron. Estaban bien aleccionadas para este grupo de viejos verdes. Les di las gracias, y por sus disimuladas risas deduje que habían adivinado el origen de mi mote; en los sitios caldeados, la piel de mi cara toma un color anaranjado y aceitoso. De pequeño me complejó, pero al entrar en la tuna y recibir de golpe el ladrillazo, terminé por acostumbrarme.

Me ajusté el plástico de la credencial mientras contemplaba la decoración de la sala. En la entrada destacaba una exagerada mesa redonda con bandejas de canapés y numerosas copas de cóctel. El centro de la mesa lo ocupaba un maniquí vestido con el traje negro: pantys tupidos, cervantinos modelo cornejo, una camisa blanca de generosas solapas sobresaliendo por el cuello de la chaqueta. Un cinturón de cuero negro con la hebilla plateada ajustaba la chaqueta a la cintura. De las hombreras colgaba la beca naranja de Económicas, y para que no faltase detalle, lo completaba la capa con las cintas bordadas. El maniquí sostenía una bandurria a la que le habían colocado un rosetón con lazos de colores en la esquina del mástil.

Observándolo, me reconocí veinte años atrás, y como por encantamiento regresaron las decenas de historias que estaba a punto de compartir con mis amigos.

Media hora después, el vestíbulo se había llenado de antiguos tunos, todos ellos mayores de cuarenta años. A muchos de ellos les conocía y fui saludándolos con el aprendido apretón y la risa sincera de quien alegremente se reconoce más viejo después de todos esos

años. A otros no los había visto en mi vida, eran la minoría y más jóvenes que yo. Se les notaba ya esas primeras y elegantes canas que dan cierto respeto. En el fondo de la sala, junto a un pequeño surtidor de agua y entre dos ficus, un grupo de mariachis amenizaba el cóctel.

*Una piedra en el camino  
me enseñó que mi destino  
era rodar y rodar...*

De repente sentí un manotazo en mi espalda. Al volverme reconocí al Melenas, aunque ahora sin aquella espesa cabellera tan deseada por las del nocturno. Sólo unas ralas matas de pelo asomaban por encima de sus orejas. Junto a él estaban el Bucanero con su ojo de cristal azul celeste, el Dienteputo y el Yeti, al que llamábamos así porque tenía un pito tan enorme que siempre tenía problemas con las chicas con las que se acostaba. Desconozco ahora el tamaño, o incluso si se le empalma con más de cincuenta y cinco años, pero su colosal espalda, antaño tiesa como un remo, se había arqueado igual que la madera vieja. Sus manos estaban llenas de arrugas y pelos. Nos abrazamos, y entre risas comenzamos a hacer recuento de los nuevos defectos que encontrábamos en cada uno de nosotros. En mi caso, la redonda barriga que se me había enquistado bajo el pecho y esa maldita piel de la cara que cada vez era más naranja butano. La conversación giró por un aprendido circuito: el jodido trabajo, nuestras respetadas señoras, los niños, el fútbol y la última reunión de comunidad.

Cuando dieron paso a la cena, ni el Trenzas ni el Profeta habían aparecido. Los demás no lo sabían y no quise desvelar la sorpresa, aunque a esas alturas comenzaba a desconfiar. Nos colocaron en una mesa de ocho. Además de nosotros cinco, se sentaban a la mesa tres antiguos tunos, más viejos que nosotros, a quienes no conocíamos. Se presentaron como parte de la generación de los fundadores, pero sus nombres no nos sonaban de nada. Eran unos tipos tan risueños como nosotros, y no pararon de hablar durante toda la cena contando sus bravatas.

—Alguien me dijo que venía el Trenzas —interrumpió Dienteputo sacándose la dentadura para lavarla en la copa del agua. Seguía teniendo esa maldita manía que me asqueaba. En eso no había cambiado.

—A mí me llamó y me dijo que vendría acompañado de un sorpresón —contestó el Melenas.

—El sorpresón sería que se gastara dinero en esta cena —interrumpió el Yeti llevándose dos aceitunas a la boca—, yo creo que aún vive del parche, ¿no?

—Toda la vida sin dar un palo al agua, ¿quién pudiera?

Por un instante pareció contagiarnos el deseo del Bucanero. Se hizo un silencio. Recordé la época del parche: cinco noches en semana pasando el pandero de restaurante en

restaurante por toda la costa, y el sábado rompiéndonos los dedos y la garganta en las bodas: salones repletos de gente y ruido.

*¡Clavelitos, clavelitos*

*Clavelitos de mi corazón*

*Yo te traigo, clavelitos,*

*Colorados igual que un fresón!*

Llegué a odiar esa canción, y por supuesto *Cielito Lindo*. Cuando el Bucanero expresó ese falso deseo, yo lo tuve bastante claro; aunque me vino bien para pagarme el piso y los estudios, no añoro en absoluto el parche. Y me costó imaginar al Trenzas parcheando aún por los restaurantes.

—A mí me dijo que vendría con el Profeta —rompí el silencio. Todos me miraron incrédulos.

—¡No jodas!, ¿no decían que había muerto?

—Eso mismo pensaba yo, pero el Trenzas lo ha encontrado en una residencia.

Mi tono no fue convincente. El camarero había dejado el primero de los platos: ensalada de gambas. Mientras el resto desviaron su vista hacia el marisco, el ojo bueno del Bucanero no daba crédito.

—¡Venga ya!, hace años que no he visto al Profeta. Debe estar hecho polvo.

—El Trenzas me avisó de que está enfermo de Alzheimer. De todos modos, a estas alturas supongo que ya no vendrá.

Volvió a flotar el silencio sobre las gambas. El Melenas me miraba embobado. Las luces del salón se reflejaban en su calva.

La cena transcurrió sin más. Mientras escuchaba las manidas anécdotas, les eché un vistazo a cada uno de ellos y casi no les reconocía. ¿Y yo?, ¿habría cambiado tanto? De cuando en cuando intercalábamos alguna historia de las nuestras entre las de los fundadores.

—¿Os acordáis de la Finlandesa que se quemó el chocho con una plancha?

Dienteputo siempre contaba la misma historia. Eran relatos muy conocidos, tan viciados que ya no parecían nuestros. Seguían divirtiéndonos, pero de lo que nos reímos no era de la anécdota en sí misma, sino de que nos parecía increíble y hasta heroico que aquellos protagonistas fuésemos nosotros.

—¿Y la vez que emborrachamos al Decano y lo encerramos en el servicio con una muñeca hinchable? —preguntó entusiasmado el Bucanero con sus ojos de camaleón.

Siempre he tenido serias dudas acerca de esta historia...

Dimos cuenta del segundo plato: Merluza a la gallega con menestra de verduras, un poco pasada para mi gusto, aunque es normal en estas cenas de comida recalentada. Con el

postre repasamos una vez más las facturas que nos había cobrado la tuna a lo largo de todos estos años, pero aún así, estábamos de acuerdo en que los años que pasamos en la facultad habían sido los mejores de nuestra vida. Habíamos sido tan golfos y tan felices, que nos resignábamos a vivir pagando por esos inmejorables años.

El bombeo de los bafles inauguró la barra libre. Desde el interior de la chaqueta sonó mi móvil. El Yeti me dio un palmetón en la espalda con su remo derecho que a punto estuvo de hacerme devolver la merluza al Cantábrico.

—Coño, tu mujer ya te está controlando, a ver qué le cuentas...

—Dile que no vas a volver hasta mañana, ¡imponte por una vez, cojones! —el Bucanero se dirigía a mí, pero yo sabía que lo decía por él mismo.

—Esta noche follamos, aunque sea pagando.

Todos rieron la broma del Melenas, aunque él lo estaba diciendo muy en serio.

Yo, mientras tanto, no pensaba coger el teléfono delante de esos cafres. Me dirigí hacia la salida, era imposible escuchar algo con la música. En la pantalla del móvil parpadeaba el nombre del Trenzas. Descolgué:

—¿Dónde te has metido? Te hemos estado esperando.

—Estamos aquí fuera, estos novatos no nos habían puesto en la lista —desde el auricular casi me llegaba el olor a ron con Coca Cola—. Salid fuera, el Profeta y yo nos estamos tomando un cubata en un bar frente al hotel.

—¿Lo has traído entonces?

—¿Qué creías?

Entre el hotel y el bar que me había indicado el Trenzas mediaba una calle ancha de doble sentido. El semáforo distaba unos cien metros de la puerta del hotel, por eso cruzamos corriendo por el camino más recto. Al llegar al otro lado no dejábamos de resollar. El Bucanero pareció entender lo que yo estaba pensando pues me sonreía mientras se apoyaba encorvado sobre las rodillas. El bar era más bien una cafetería, se llamaba *The Carvern* en honor al mítico bar de Liverpool donde se iniciaron *The Beatles*, aunque lo único que recordaba a ellos era su casposo aspecto de la década de los 70s. Por su ajado mobiliario, deduzco que mantenía la decoración desde que lo inauguraron. Lo más llamativo eran los sillones bulbosos de plástico con un color rojo fuego que de tan usados, tenían un tono desvaído, y en los reposabrazos destacaban algunas llagas de tabaco. Pronto localicé al Trenzas tendido en uno de aquellos sillones, justo debajo de un póster amarillento de *La naranja mecánica*. Frente a él, un tipo en silla de ruedas nos daba la espalda. El Trenzas se levantó al vernos entrar y abrió los brazos.

—¡Qué alegría, mariquitas!

Los rizos sobrevivían, aunque ahora con cierto brillo blancuzco. Estaba muy moreno, y me dio la impresión de que mantenía esa expresión adolescente de antaño, con las mismas coruscantes pupilas que enamoraban a las chicas. Todo su aspecto conservaba el halo juvenil de un antiguo eco, pero cuando me acerqué pude ver arrugas en su frente y marcadas ojeras. Me recordó a un trasnochado jugador de póquer.

—¡Trenzas!

Le abrazamos por turnos con sendos besos en las mejillas, como hacíamos en la facultad. De reojo observé que el tipo de espaldas no se había movido. Tenía la visera de su gorra de béisbol inclinada hacia delante, como si estuviese dormido. Frente a él, sobre la mesa de metacrilato, un vaso de whisky.

Cuando terminó de saludar a todos, el Trenzas nos echó una rápida ojeada y el movimiento de sus cejas nos señaló hacia el hombre de la silla de ruedas, como dándonos a entender algo que ya suponíamos. Se acercó a la silla por detrás y sujetándola por el manillar la giró hacia nosotros.

—¡Señores... el Profeta!

Parte del postre regresó desde la boca del estómago. Aquel hombre mayor era muy diferente a lo que recordaba del Profeta. Tenía la cara muy demacrada y parecía aún más viejo. Vestía con una camisa blanca de solapas y una rebeccade color azul. Las piernas enfundadas en un pantalón gris de rayas, muy juntas las canillas hasta las pulcas zapatillas de deporte que se curvaban ligeramente hacia la derecha. Por un momento traté de recordar la imagen que conservaba de nuestro compañero cuando era el genial guitarrista, pero sin saber el motivo, la imagen que ahora tenía delante machacaba cualquier otra. Mis amigos corrieron a abrazarlo, imagino que con la intención de suavizar la violenta escena que contemplábamos. ¿Cómo habría cambiado tanto?, la vida nos había pasado por encima, pero a este lo había levantado y lo había lanzado contra el suelo. Hacía muchos años que le sabía enfermo, pero no podía imaginar que los estragos de la enfermedad hubiesen transformado tanto a la persona.

Mientras esperaba mi turno para abrazarle, el Trenzas se acercó por detrás y me palmeó la espalda. Le respondí con los dientes apretados, desconcertado por el encuentro.

—Caray, ¿cómo ha podido cambiar tanto?

No respondió, asintió débilmente y apretó los labios. Fui a abrazar a aquel viejo que pareció reconocerme, me cacheteó las mejillas con sus manos temblorosas.

—¡Profeta!, soy Drillo, ¿no te acuerdas? —le dije subiendo el tono.

—Drillo, Drillo —repitió como en una cantinela.

Regamos el mal trago con el resto de los cubatas que traímos en los bolsillos y le pedimos al camarero que los rellenara antes de agotar su paciencia. El Trenzas nos explicó que

aquel sucedáneo de Profeta, enfermo de Alzheimer, poco podría ayudarnos a recordar los viejos tiempos, pero entendimos la terapia y nos pusimos a recordar las antiguas anécdotas como si fueran nuevas. Las carcajadas ocuparon la cafetería y poco a poco fuimos liquidando varias botellas sin mirar la hora. El Trenzas se había traído una guitarra y un pandero con más parches que una pelota de trapo. El Yeti se atrevió con la guitarra, una antigua Alhambra desvencijada cuyo golpeador era una pegatina del recordado certamen de Sevilla, que había perdido el color y parte del texto. Comenzamos con La malagueña, Ojos de España, Las cintas de mi capa...

*Cuan amantes van las olas a besar  
Las arenas de la playa con fervor  
Así van los besos míos a buscar  
De la playa de tus labios el sabor.*

Las notas nos devolvieron los años. Las manos del anciano, ahora muy animado, marcaban los compases con movimientos nerviosos y compulsivos. Nuestras intensas voces nos hicieron soñar que aún llevábamos el traje de cuervo y que alguien nos esperaba bajo el balcón aquella madrugada. El espíritu del Profeta había despertado nuestra juventud, y hasta creíamos estar de pasacalles...

*Pasa la tuna en Santiago  
cantando y tocando romances de amor*

El viejo seguía dirigiendo sin sentido alguno, incluso cuando parábamos. Con su risa eléctrica y trastornada nos contagiaba a todos. Entre canción y canción, el Trenzas le acercaba el vaso a los labios y le ayudaba a terminarse la copa para pedirle otra más. Le palmeábamos las rodillas, y tratábamos de que se acordara de tal o cual canción, y luego comenzábamos a cantarla con desafinados tonos. Bebimos a ritmo de tres por cuatro, y al llegar la madrugada habíamos olvidado el cuarenta aniversario y estábamos a punto de irnos a rondar el Colegio Mayor del Dulce Nombre, si no llega a ser porque ya lo derribaron para construir un hotel. Aquel Profeta, enfermo de Alzheimer, aunque solo fuera por su presencia, había conseguido recuperar para nosotros el recuerdo de muchos años felices.

Cuando el quinto de los Beatles nos invitó a marcharnos, en el horizonte se vislumbraba el claror vinícola del nuevo día y nosotros, como después de una desubicada noche de juerga, nos marchamos balanceándonos en busca de un taxi. Nos turnamos para empujar al viejo lanzándolo por la acera en una competición por ver quién llegaba más lejos. El

anciano, completamente borracho, hacía horas que roncaba plácidamente con la cabeza ladeada y un hilo de baba manchando su rebeca.

Cuando encontramos el primer taxi, decidimos que fuera para el Profeta. Con efusividad nos despedimos de él sin importarnos ni sus ronquidos ni su saliva. Cuando logramos meterlo en el asiento trasero con la ayuda del taxista, el Trenzas se acercó a mí y me dijo achispado:

- Acompáñame, no tengo ni pajolera idea de dónde coño está la residencia.
- No me jodas, Trenzas —traté de pronunciar bien.
- Me acuerdo de que esa enfermera le metió una tarjeta en algún bolsillo de su rebeca —sus ojos parecían dos canicas a punto de ser lanzadas.

El Trenzas se derrumbó en el asiento de delante, y yo me acoplé junto al viejo al que tuve que enderezar ya que se había deslizado hacia un lado. Mientras iniciábamos la marcha, encontré la tarjeta en el bolsillo izquierdo.

—Residencia del Sagrado Corazón —indiqué al taxista.

Junto al nombre de la residencia, también estaba escrito el nombre del viejo: Alfredo Herrera Márquez, y lo ilustraba una foto en la esquina superior.

El Taxi se detuvo junto a un edificio de un color marrón oscuro con las persianas echadas a excepción de la puerta de cristal de la entrada por la que ya salían dos mujeres con gesto preocupado. Cuando las enfermeras vieron al viejo, nos miraron con un mohín de asco, un gesto que me hizo agachar la cabeza y sentirme más aturrido de lo que estaba. Con eficaz diligencia, se hicieron cargo de la silla de ruedas en cuanto el taxista y yo colocamos en ella al viejo. El Trenzas ni siquiera bajó del vehículo, se había dormido en el asiento con la cabeza apoyada en la ventana. La enfermera más joven murmuró algo cuando pasó por mi lado. La otra, mofletuda y rechoncha, comenzó a bromear como restando importancia.

—Vaya juerguecita Don Alfredo, como cuando usted era joven, ¿no? —sonréí como pude, la cabeza me daba vueltas.

Mi mujer aún dormía cuando llegué a casa. La luz del alba vibraba tras las persianas como una marcha wagneriana. Fui a la ducha. Me desnudé. Mi imagen en el espejo era borrosa. Abrí el grifo del agua fría y metí la cabeza bajo el chorro. Apoyé la frente en los azulejos. Entonces el agua fue aclarando la imagen. Me vi la barriga inflada, los músculos fláccidos de mis brazos, las manos. De nuevo volvía a ser yo, con el mismo color del ladrillo en la cara, pero sin la dureza. Había olvidado parte de la noche, pero el nombre de Alfredo seguía dando vueltas a mi alrededor.

El Profeta se llamaba Luis, Luis Amicio Ibáñez. Nunca podré olvidarlo porque era el mismo nombre de mi padre, y él me gastaba bromas con aquello. Probablemente esté muerto como yo suponía. Entonces, ¿quién sería aquel desgraciado de la residencia?, me pregunté ahogando una carcajada. Al menos, su Alzheimer le habría hecho olvidarlo.

En una de las habitaciones de la casa tengo enmarcada la foto que nos hicimos cuando grabamos el disco. Ahí están todos. Me acerco para captar los detalles de sus caras: Caraladrillo, el Bucanero, el Yeti, Melenas, Dienteputo, el Trenzas. Ninguno ya es el mismo, a decir verdad, todos esos me parecen tan muertos como el Profeta.

*Pedro Rojano 2014*